

Editorial

32

En cierta ocasión, el Presidente Rodríguez Zapatero, en el desfile del día de las fuerzas armadas, no se levantó al paso de la bandera de los Estados Unidos. Probablemente, dos presupuestos orientaban su acto. El primero, que buena parte de sus votantes lo celebrarían. El segundo, que los estadounidenses de izquierdas interpretarían ese acto como uno de rechazo no hacia los Estados Unidos sino hacia los estadounidenses de derechas y que, por tanto, no se ofenderían.

Acertó en lo primero. Pero se equivocó en lo segundo, como se demostró cuando, pocos años más tarde, fracasó cierta conjunción interplanetaria extraordinariamente ansiada.

En la campaña de las pasadas elecciones parlamentarias españolas, el Presidente Rajoy afirmó que uno de los principales problemas de la situación económica española era la falta de credibilidad internacional del anterior presidente del gobierno y que, con la victoria del Partido Popular, España recobraría la credibilidad internacional perdida, lo que permitiría una rápida superación de la crisis económica.

También él acertó en lo primero. Y se equivocó en lo segundo, a pesar de que diera un extraordinariamente ansiado paseo en barco por el río Chicago.

Lo notable es la común estructura de los errores señalados. Una estructura de la que, por lo demás, participan la mayor parte de los españoles.

Consiste en la creencia de que los demás, los extranjeros, les percibirán, tanto a ellos como a sus oponentes, del mismo modo que ellos mismos se perciben y los perciben.

¿Cuándo descubrirán que no es así? Que los demás, los extranjeros, les perciben, a los españoles, ya sean de una o de la otra España –incluso de esa otra que se empeña en no considerarse tal–, como españoles. Y que, por tanto, les adjudican los aciertos y los errores de todos.